

LA CLASE MEDIA EN LA LITERATURA CHILENA

LA aparición de «Zig-Zag», en 1905, marca sin duda una época de importancia en la literatura chilena. Por esos años, desde 1902, a lo sumo, se habían dado a conocer algunos jóvenes escritores que cultivaban el cuento, o más bien la novela corta, al estilo de lo que Maupassant hiciera en Francia. En realidad, nacía un género literario entre nosotros: nos poníamos un poco al día con las literaturas europeas, en especial con la francesa y la rusa. Augusto G. Thomson (hoy d'Halmar), había abierto el fuego. Le siguieron Baldomero Lillo, Guillermo Labarca, Fernando Santiván, Rafael Maluenda, Mariano Latorre. Surgieron otros todavía, pero de producción esporádica, o con menos méritos efectivos. Varios meses antes de publicar su revista, la Empresa «Zig-Zag» abrió un concurso de cuentos que tuvo cierta resonancia. El primer premio fué dividido entre Baldomero Lillo y Guillermo Labarca, el segundo se dividió igualmente entre dos escritores jóvenes, y en una lista de los no premiados que la Empresa acordó adquirir, figuraban cuatro de Thomson, uno de Magallanes Moure, y otros de Víctor Domingo Silva, Nathanael Yáñez Silva, etc. El primer número de la revista, aparecido el 18 de Febrero, tuvo un tiraje extraordinario para la época, se agotó en pocas horas, y

en él se incluía uno de los mejores trabajos de Thomson: «Alma blanca». Continuó publicando «Zig-Zag» a lo menos dos cuentos chilenos por número, y por cada uno la Empresa pagaba algo equivalente a quinientos pesos de hoy. Aunque haya gentes que considere a los escritores unos perpetuos habitantes de las nubes, el hecho es que necesitan un estimulante material para producir, ya que por lo común viven de su trabajo. Una novela corta que valga la pena, por modesta que sea su extensión, necesita a lo menos una semana de esfuerzos, y el autor que carece de medios de fortuna no puede alimentarse con el aire. Hasta 1905 aparecieron algunas revistas que tuvieron gran circulación, pero sus colaboradores eran enteramente gratuitos: apenas si se les daba las gracias. Se explica así que hubiera pocos cultivadores del cuento, y aun los que a esto se dedicaban producían muy poco, y rara vez lo que hacían era de calidad sobresaliente. Se necesitaba la extraordinaria vocación de Thomson para sobreponerse a esta situación desmedrada, para tener la valentía de dedicarse a la literatura exclusivamente. Thomson, en efecto, empezó a publicar sus trabajos—cuentos o simples impresiones—en «Los Lunes» de «La Tarde», allá por 1902, si mis recuerdos no me engañan. Por la misma época se dió a conocer Baldomero Lillo, en un concurso de novela corta abierto por «La Revista Católica», en el que obtuvo el primer premio.

Pero, apartándome del tema, estoy haciendo historia... Lo que quería decir es que, bajo el estímulo efectivo de «Zig-Zag», que dirigía un verdadero escritor, Joaquín Díaz Garcés, se produjeron muchas cosas de mérito en el género del cuento y de la novela corta, desde 1905 para adelante, y que con el establecimiento de los premios oficiales en 1910, y que duraron sólo hasta 1913, la novela de extensión tomó también un alto vuelo. Salieron así a la palestra, y fueron conocidos



del público, los escritores más arriba mencionados, *todos pertenecientes a la clase media*.

Recalco esto de la clase social en los escritores que se iniciaron en aquella época, aunque aparentemente poco tenga que ver la alcurnia o el peculio con la literatura, porque quiero hacer notar precisamente esta anomalía: el olvido de su clase en los ambientes que crean, por parte de los novelistas y cuentistas chilenos.

Esta anomalía fué mayor de 1905 para adelante. Augusto Thomson, influenciado por Loti, Ibsen y Andersen, procuraba en lo posible huir de la realidad cotidiana, aunque se hubiera iniciado con una novela de carácter naturalista: «Juana Lucero». Pertenecía el personaje central de esta novela a la clase media; pero no solamente no continuó Thomson por este camino, sino que ha renegado después de tal libro, considerado como un simple pecado de juventud. Ya se sabe que Baldomero Lillo tomó como principales sujetos de sus cuentos a los mineros del carbón, y después a los campesinos. Alrededor de los campesinos giraban también los cuentos de Labarca, reunidos en el tomo «Al amor de la tierra». Santiván se inició con un cuento «Ráfagas del Campo»; pero no se concretó a los trabajadores de la tierra, pues, en realidad, su especialidad fué la psicología, honda, atormentada, al estilo de Dostoievsky. Maluenda se estrenó con «El rodeo», y sólo con cuentos, en que los peones de campo o los bandidos eran los personajes, se llenaron sus dos primeros libros, a excepción de una novela corta, incluida en «Los ciegos», que es una obra maestra: *Eloísa*. Mariano Latorre empezó con los pescadores de Constitución y los lancheros del Maule, y siguió con los montañeses...

Puede darse como una explicación de esta tendencia a descender a la clase más baja, en los escritores de esa época, la influencia de Gorki, cuya boga por entonces era extraordinaria

Pero los hechos han venido a demostrar que no im-

punemente un escritor se aleja del medio en que ha nacido y vive. Baldomero Lillo logró un triunfo efectivo con sus mineros carboníferos, porque residió largo tiempo entre ellos; pero a los demás muy poca gloria real trajeron los campesinos o los pescadores. Lo que vale de Labarca es la novela «Mirando al Océano», cuyos personajes son de la clase media; igual cosa puede decirse de «La hechizada» de Santiván y de «Eloísa» y «Venidos a menos» de Maluenda. Lo de mayor calidad en Mariano Latorre son las novelas «Zurzulita» y «Ully», en las que actúan, como figuras primordiales, seres tomados del medio en que el autor vive. En «El finado Valdés», otro acierto de Latorre, el protagonista es de la clase media

Merece capítulo aparte Federico Gana, que nació en un medio aristocrático, o muy cerca de la aristocracia chilena, y que también tomó a los campesinos modestos, o sea a los inquilinos, como asuntos de sus cuentos. Tales cuentos lograron un valor indudable: pero hay que tener presente el carácter especial de Gana, que vivió entre los campesinos y logró intimar con ellos, inspirarles confianza. Debido a esto, a pesar de todo el romanticismo de este escritor, sus personajes aparecen con raíces en la verdad. En suma, Gana bajó al pueblo de hecho, y no por la imaginación.

Entre los escritores que han venido posteriormente, tenemos a Luis Durand, que recorre a la senda trazada por Labarca, Maluenda y Latorre; pero Durand, que vivió diez o quince años entre los campesinos, como empleado de un fundo, los tiene metidos muy adentro en sus recuerdos, y su labor es así más de evocación que de creación. Debido a esta circunstancia, maneja el vocabulario, los giros campesinos, con verdadera maestría, y su obra adquiere de esa manera un sello especial, un particular encanto. A pesar de todo, como lo revela su último libro, es en la clase media en donde Durand encontrará su filón de oro: los personajes de la

novelita «Cielos del Sur» pertenecen a la categoría de su creador.

Entre los libros publicados en los últimos años, merecen especial mención «Alhué» de González Vera, «Tripulantes de la noche» de Salvador Reyes y «Lanchas en la bahía», de Manuel Rojas. En estos tres libros, igualmente grandes, actúan personajes que vivieron en un medio muy conocido por sus autores. Los tres tomaron sujetos que fueron antes de su clase: también la evocación primó aquí sobre la fantasía.

Como una aparente excepción habría que considerar «El roto», de Joaquín Edwards y «La viuda del conventillo», de Alberto Romero, y digo «aparente» porque hay muchos datos para creer que Edwards y Romero vivieron sus libros. No sacaron sus escenas de la nada.

No quiero decir yo con todo esto que el escritor esté obligado a no salir de su medio en sus creaciones. La fantasía es soberana, y puede tomar el vuelo que le parezca; pero cuando se quiere hacer obra asentada en la realidad, dar la sensación de verdad y de vida, es necesario haber echado algo real al laboratorio del inconsciente. Las simples lecturas dan, por lo común, malos resultados. Y para probar tal cosa, he mencionado algunos ejemplos.

Es probablemente falso mi punto de vista: otros pensarán de otra manera. Es que tal vez hay una verdad para cada uno, porque cada uno vive en distinto universo...